

La mar

Vivimos en una península, es decir, una porción de tierra rodeada de agua por todas sus partes menos por una, sin embargo resulta aún sorprendente como ante los embates de la mar los diques más fuertes se rompen, los sistemas de navegación más sofisticados pierden el rumbo y la opinión pública se alarma. Parecería obvio que una población que ha estado viviendo junto a la mar durante milenios fuese capaz de transmitir el conocimiento necesario para adaptarse ante las crecidas de los estuarios, las mareas vivas y el fuerte oleaje. Sin embargo, un año más, la vulnerabilidad de los que habitamos la tierra ha quedado manifiesta.

En contraposición a este desconcierto, las gentes de la mar observan con templanza los temporales, con el tipo de actitud reposada que se obtiene tras haber superado otras tempestades de la vida y haber conseguido salir a cubierta, lo que le da a uno, sin duda, cierta confianza en sí mismo para afrontar con mesura futuras galernas. Esta forma de vida se refleja en las mariscadoras de Arousa que, encorvadas, buscan entre las marismas y la arena mojada el fruto de la mar; en los percebeiros que se juegan la vida encima de algún farallón; en las lágrimas de un hombre hecho y derecho tras haber perdido la bandera de Orio en una competición de traineras; en la emoción de una procesión marítima; en las historias de los viejos marineros o en aquellos que honran la memoria de los que, por culpa de un golpe de mar, ya no nos acompañan.

De la observación de la forma en que se ordenan los pueblos costeros se deduce la organización tradicional del poblamiento, dejando libres aquellos lugares en los que la periódica presencia de las aguas desaconseja la construcción de viviendas y provoca que los asentamientos se produzcan sobre los promontorios de origen fluvial, en las laderas abrigadas como Cudillero, Tazones, Lastres o en el fondo de las rías como Avilés, sobre tómbolos defendidos por el ritmo natural de las corrientes o en las bahías cerradas que dificultan la entrada del oleaje. A lo largo de los años se han ido añadiendo piezas, conformando entidades más complejas con murallas que les protegían de piratas y armadas enemigas, con fueros o cartas pueblas que impulsaron su carácter urbano, con bastiones y baluartes, con mercados y lonjas donde se concentra la vida económica de estas poblaciones. Analizar y comprender la ocupación del espacio de quienes nos precedieron es la mejor práctica para descubrir que el mar no ocupa más superficie que la que le fue robada previamente.

La costa es el espacio geográfico donde el mar se encuentra con tierra firme, un espacio dinámico que convierte en efímeros a los paisajes litorales, los cuales, a diferencia de otras formas del relieve, se alteran con mayor rapidez. En el período que dura nuestra vida pueden observarse importantes transformaciones. No es de extrañar, pues, que estos paisajes, como los acantilados de roca caliza de Etretat en Normandía pintados por Courbert y Monet, hayan sido objeto de atención por parte de escritores, historiadores y artistas que han intentado inmortalizar lo volátil, lo transitorio, lo líquido.

El nexa entre la tierra firme y la mar tiene lugar en la línea de costa y más concretamente en los puertos, los que han sido desde la Antigüedad lugares de intercambio donde las gentes de múltiples procedencias y lenguas hablan un mismo idioma, el de la mar. Hoy en día, la ruta de los grandes contenedores que une Shanghái y Rotterdam bordeando el sur de la India, cruzando el canal de Suez y atravesando el Mediterráneo es una de las vías más importantes para el comercio mundial. En realidad, desde las dársenas, radas, atarazanas, muelles y diques, se han emprendido algunos de los viajes más famosos de la Historia:

*Ítaca diote yá'l bellu viaxe.
Ensin ella nun te punxeras de camín.
Pero nun tien más nada que te dar.*

*Y si la atopas probe, nun t'enfalló Ítaca.
Sabiu como te fixesti, con tanta d'esperiencia
entenderíes yá qué quieren dicir les Ítaques.*

Este fragmento de la traducción de Xosé Gago del poema originalmente escrito en griego por Kavafis nos habla del viaje de regreso a Ítaca, tema central del poema épico La Odisea. Más que nunca, es la hora de buscar los valores universales que dan lugar a espacios de convivencia, como la solidaridad de los marineros. El Mediterráneo es un espacio de relaciones e intercambios históricos, donde la cóncava nave surcó el ponto y la aurora, la de rosáceos dedos, alentó a los hombres de mil y una argucias en la búsqueda del amor por medio de su inteligencia.

Desde otros mares más al norte, en una de los puertos más activos de la liga Hanseática, un filósofo alemán hizo una defensa de la inteligencia haciendo un llamamiento a toda la humanidad con el fin de que esta fuese capaz de alcanzar las cotas más altas del conocimiento por sus propios medios, sin la conducción de otros, promulgando el sano ejercicio de pensar libremente por uno mismo. *Sapere Aude!* Pero ya en la Época Arcaica y en mares más meridionales se habían esculpido sobre piedra estos mismos valores, demostrando toda la potencialidad de pensamiento del ser humano.

Este pequeño viaje hacia el conocimiento que iniciamos hace cuatro años ya llega a su fin, el faro sobre el acantilado nos mostrará, si es necesario, la luz en las noches de niebla y tempestad, pero solo gracias a nuestra propia iniciativa seremos capaces de llegar a buen puerto. Y aquí y ahora recordad que cuando miréis al horizonte y respiréis la brisa con olor a salitre, el mar que está ante vuestros ojos es el regalo que habéis de transmitir a quienes nos siguen, pues, tal y como escribió don Antonio Machado, proviene de la eternidad:

*Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.*